

REVISTA LITERARIA

DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UN COMICO.

(CONTINUACION.)

En un espacio de 30 varas de longitud habia cuatro rebveros poli-lucidos y en medio una araña de seis velas de sebo, que escitadas por el calor de 45 grados que dentro se sentia, y mas aun por una corriente delgada de aire que desde la puerta se comunicaba á una pequeña ventana carcelaria, situada en la pared paralela, iban boniticamente corriéndose y haciendo partícipes de un buen olor de esperma de carnero á cuantos tenian la envidiable suerte de pasar por debajo. Veíase á la derecha y cerca del proscenio un palco platea, que mas parecia jaula, donde presidia con toda la gravedad de su alto ministerio un alcalde de barrio, blanqueador de profesion, el cual se presentaba con una prosopopeya con que trataba de desmentir su elevado origen: yo confieso que hasta que no le hube descubierto un baston con borlas y un puño de hueso blanco, no caí del error en que estaba envuelto, figurándome decididamente que era el padre del protagonista, á quien se habia concedido aquel lugar por privilegio esclusivo. Continuando en mis observaciones descubrí cuatro músicos, cuyas fachas me hicieron recordar á muchos cesantes, y cuyos instrumentos estaban tan poco armónicos como los de la banda insigne con que acostumbra á hacer sus salidas el ayuntamiento. (1) Tocaron piezas muy escogidas y alegres: las habas verdes, por ejemplo, el himno de Riego, un rigodon, que comunmente se llama del agua, y la mazurca del sueño; y al cabo de tres cuartos de horas, bien largos, que tardé en encontrar un asiento entre todos los ciudadanos y ciudadanas que me cercaban, llegué á instalarme en mi reducido banco: eso sin tener que estrujar á una muger muy gorda que es-

taba á mi derecha, y por cuya cara, frente y pecho corria á hilos el sudor, pegajoso já las veces, no muy aromático, que digamos, si es aroma el suave aliento de las flores. A mi izquierda estaba un mancebo, al cual desde luego miré con prevencion por que sus anchas patillas negras, sus ricitos junto á la oreja, sus ojos airados, su faja sangre de toro, adornada por una añadidura con el remate de su argumento físico-lógico de los que la Parroquia de San Pedro no tiene que envidiar já la riquísima y nobilísima ciudad de Albacete, no me dieron á fé muy buena espina.

Alzóse el telon, gracias á Melpomene, sin duda, á quien ardientemente imploraba para que tuviese á bien quitarme el mal humor, y con efecto salieron Orsini, Landry y los demas bebedores de la taberna de aquel; los muebles no podian ser mas propios del siglo y de la época en que se hallaban los personajes, ni estos tenian nada que envidiar en trages á los históricos del drama: no cabian en la taberna mas que dos mesas, que se habian comprado de pino en la feria del Jueves anterior, las sillas eran blancas por el estilo de las que se llaman del Norte, y los vasos del bodegon de la esquina, lo mismo que las botellas que contenian el vino. Orsini estaba vestido de aldeano de Castilla con un cinturon de cazador ó guarda bosque con su correspondiente coleta de rizos. Landry tenia una blusa escocesa á cuadros con una gorra *ejusdem furfuris* y calzon corto con media cenicienta. Los demas comparsas vestian el traje económico del pais; esto es, en mangas de camisa, pantalón blanco, ó de paño burdo, y gorra de marinero ó de nútria. Apenas se empezó la representacion, la turba de oyentes y paniaguados prorumpió en estrepitosos aplausos; pero el pulmon de Orsini, los gritos de Landry y las risotadas de los comparsas supercrecian el tumulto general, en términos que impusieron silencio. Lo mismo sucedió cuando salieron Felipe D'Aulnay, Gualtero y Buridan, de cuyas personas seria empeño vano querer hacer una

(1) *La escena es en Sevilla.*

esta pintura, porque la pluma mas diestra, que no la mia, el pincel mas picante y vivo, no sabria recordar los i. f. itos anacronismos que espantado contemplé. Quien vestia dalmática verde, calzones de cazar, zapatos con hevilla y espuela; quien chupilla con vuelos á lo Luis XIV y birrete á la española con plumas de varios colores; aquel escudero llevaba colgada la insignia del Toison, y otro con patillas de boca de jacha ceñia la distinguida Jarretierra. El dicho sastre, en cuyas manos se fueron á poner nuestros inespertos mancebos, quiso dar salida á cuanto tenia en sus miserables estantes, sin importarle un comino despachar para Margarita desde el sombrero de tres puntas hasta la calza colorada, insignia de la tragedia Romana.

Como era de esperar, pues, de tal concurrencia tales elogios, fué tan repetida la granizada de aplausos que por todas partes flovia á cada rebuzno de nuestros amabilisimos interlocutores, que depuesto el miedo y la cortedad que en semejantes casos es natural, á proporcion que se menudeaban los aplausos y la algazara del alegre público, crecian con admirable rapidéz los desatinos; los mas terribles momentos del drama, aquellas situaciones contundentes en que la madre mata al hijo, en que el padre engaña por la quincuagésima vez á la madre, en que el hijo y el padre maldicen horrorizados á la madre, causaban un estupor de risa, que el inteligente y sensato público prorrumplia en sendas carcajadas, figurándose de buena lè (tambien lo creian los actores) que en hacerlo así premiaban el mérito sobresaliente de la representacion. Al fin el soñoliento espectáculo hubiera tal vez concluido sin otras catástrofes que las innumerables que contiene; pero estaba escrito, como decia el creyente, que no habian de ser solo las desgracias fingidas las que habiamos de contemplar; y así fué que al hacerse una mutacion de escena, casualmente un sillón gótico-moderno que estaba puesto junto al telon dió la maldita suerte de engancharse de tal manera al barrote del telon, que salió andando con él, bien á despecho de los maquinistas, que sentian aquella noche mas peso del ordinario en los ensayos, hasta que arrastrando por su fuerza la gravedad parte del menguado telon lo rajó en pedazos, ocasionando con esto que Enguerrand de Marigny, que tenia bastante en que pensar con el vaticinio del Gitano, se despreocupase algun tanto por acudir al honor de las paredes del palacio.

Y mientras Buridan convertido en Leoncio conversaba con Landry sobre la existencia de sus hijos, en medio de la agiacion propia de aquel momento, empieza á notarse que se prendia fuego á una de las tablas contiguas á unas candilejas de la derecha del apuntador, en términos que la llama habia tomado incremento y amenazaba tragarse al teatro, ni mas ni me os que arrebatada y consume las esperanzas de un labrador, al cual deja completamente arruinado una quema: Juanito, esto es Buridan, ó mas bien Leoncio, atento antes á su propia conservacion que á la gloria y á la inmortalidad, entra entre bastidores, y saliendo de ellos con un cántaro de agua empieza á esparcirlo en derredor del fuego, que afor-

tunadamente tuvo á bien apagarse. Poco despues nos pareció que un rayo celeste amagaba la purisima frente de Margarita, y era una bambalina que tuvo la cortesía de no hacer ruido para caerse por no interrumpir la animacion del diálogo, pero posó en la cabeza de nuestra actriz, que dando muestras de dolor, (entonces si que fué verdadera cómica) y con fuertes exclamaciones, se metió en su casa por la puerta que daba á la taberna de Orsini. Por fin se acabó todo con bien, como si dijéramos; y á la conclusion tanto gritó el público, tanto se sofocó, golpeó tanto, que salieron los actores todos cogidos de las manos, y entonces una lluvia de coronas cubrió sus frentes, é inundó el reducido escenario.

Ya tenemos coronado de flores á Juanito: en el artículo siguiente lo veremos de espinas y para entonces: *Lugete, Veneros, Cupidinesque.*

Sevilla 16 de Abril.

EL ANDALÚZ.

UN CORAZON SIN AMOR.

Por la orilla encantadora
que ciñe el Bétis de flores,
iba al mostrarse la aurora
una niña seductora
soñando tal vez amores.

Iba tan galana y bella,
que de sus grutas salian
las rubias ninfas á vella;
y los claveles nacia
donde estampaba su huella.

Los zéfiros la alhagaban
con placidisimo arrullo;
las fuentes la saludaban
porque al pasar susurraban
con mas suave murmullo.

Los árboles la ofrecian
en miles colgantes bellos
guirnaldas, que entretegian,
y parece las tenian
para sus negros cabellos.

Y con sus lenguas arpadas
los pajarillos cantando,
venianla acariciando
en músicas acordadas,
de rama en rama saltando.

Los prados le daban flores,
el aura apacible aromas,
el cielo puros colores,
y arrullos encantadores
enamoras palomas.

Y ella les regala en pago
una sonrisa hechicera,

sonrisa, que en dulce alhago
le vuelve el zéfiro vago,
y le vuelve la pradera.

Corría la niña hermosa
la orilla verde y amena,
cual alegre mariposa,
aquí trochando la rosa,
allá la blanca azucena.

Ya con la vista seguía
el curso del arroyuelo,
que ledó á sus pies huía,
ó ya los ojos volvía
á la tórtola en su vuelo.

Ya le encantaba el color
de las rosadas acacias,
que perdiendo su frescor
iban doblándose lácias
heridas por el calor.

Ya á la márgen se sentaba
de la tembladora fuente,
y en sus cristales jugaba;
ya del rio contemplaba
la fugitiva corriente.

Y se estasiaba en la orilla
con inocente candor,
viendo al pobre pescador,
que cantaba en su barquilla
de las olas al rumor.

Mas pronto la niña hermosa,
como muger, veleidosa
sus pensamientos cambió,
y de su boca graciosa
la dulce sonrisa huyó.

Suave melancolía
anubló sus negros ojos,
y nada ya le aplacia,
que hasta la alba luz del día
diz que le causaba enojos.

Y paróse tristemente
bajo las rámas umbrosas
de un verde sauce doliente,
y unas tras otras las rosas
fué arrancando de su frente.

Y bien hacia en verdad,
mostrando así sus rigores,
que para inspirar amores
con su hechicera beldad
no necesita de flores.

Y una guirnalda en la frente
de un luminoso querube
es un celage luciente,
es una dorada nube
velando el sol en oriente.

Tal vez le aplacia oír
embebecida á sus solas
el manso Guadalquivir,
y ver nacer y morir
á un mismo tiempo las olas.

Un dulcísimo suspiro
de su boca regalada
hirió el aura perfumada,
mas suave que el respiro
de la flor embalsamada.

Suspiro triste y doliente,
que al sentirlo el bosque umbrío
se estremeció mansamente,
que se percibió en la fuente
y en los cristales del rio.

Y despues con voz suave
regalada de dulzura,
empezó á hablar con ternura
al prado, á la fuente, al ave,
al valle y á la espesura.

A la fuente le decia
con purísimo candor:
«¿Qué le falta al alma mia?»
Y la fuente respondia:
«Niña, le falta el amor.»

«Soy jóven, hermosa y pura
como tú, cándida flor,
¿mas qué falta á mi hermosura?»
Y la flor gentil murmura:
«Niña, le falta el amor.»

«¿Qué falta á mis ojos bellos,
decidme, tanto cantor
de ese bosque seductor?»
Y acordes repiten ellos:
«Niña, les falta el amor.»

«¿Qué falta, di, á mi contento,
zefirillo volador?»
Y en melancólico acento
respondía manso el viento:
«Niña, le falta el amor.»

Y en su arrullo seductor
le dijo blanca paloma,
«Ama, niña, con ardor,
que una muger sin amor
es una flor sin aroma.»

Mas la bella desdeñosa,
no contenta en su deseo,
respondióle así enojosa:
«Ama tú, paloma hermosa,
que yo en el amor no creo.»

Y dejando el bosque umbrío,
que amor solo respiraba,
creyó ser lo que pasaba

en su mente un desvergo,
y que despierta soñaba.

Cruzó la márgen florida
tan voluptuosa y gentil,
que era una vision mentida
entre oro y lumbre mecida
por las auras del Abril.

Y de la arboleda verde
entre el espeso ramage
se perdió en bello paisaje,
como un lucero se pierde
entre nubloso celage.

Sevilla 2 de Junio de 1845.

JOSÉ NUÑEZ DE PRADO.



Aventuras de una moneda de oro.

(Traducción del francés.)

Habeis de saber, amados lectores, que yo fui desde mi nacimiento dama de cuenta, y mas hermosa que la luz del dia. No bien hube venido al mundo, cuando este me admiró con entusiasmo; apenas habia vestido mi túnica relumbrante y ya era objeto de la solicitud universal, que comenzó á fijarse en mi con cierta expresion de ansia codiciosa, cuyo influjo maligno, desde el punto y hora que me lanzé en el gran mundo, empezó á perturbar mi inocencia y á obscurecer mi pudor esclarecido. Pasado algun tiempo ya fué otra cosa, poco á poco fui adquiriendo un cierto aplomo, una provechosa táctica, hijos de los siempre instructivos sucesos de la vida, que, para decirlo de una vez, llegué hasta el punto de manejar á las mil maravillas el arte de mantenerme impasible á presencia de mis muchos galanteadores.

Lo que es hoy conozco todo lo que valgo, y sin ningun embarazo acepto los homenajes que me tributan por todas partes, homenajes que en conciencia creo merecer.

No contaré todas mis aventuras, porque sería obra larga y pesada, y por que (la verdad sea dicha) la diligencia y el trabajo no están en consonancia con este carácter perezoso é inerte, que me he ido formando de resultas de haber pasado muchos de los años de mi vida con personas de encumbrado origen, los cuales tienen de suyo el ser flojos y amigos de hacer maldita de Dios la cosa. Sin embargo, por algunos episodios que os voy á contar de mi peregrina historia, vendreis á saber, como mi nacimiento reluciente y aristocrático, no ha sido siempre bastante eficaz preservativo para librarme de humillaciones, y que, como los personajes de este siglo, he sufrido los varios caprichos de la fortuna, que sin duda me habrían abierto los ojos, (sin reparo lo confieso) si el orgullo no hubiera sido en mi siempre la pasion dominante.

Yo vine al mundo en una época muy cruel para las personas de condicion: sin embargo tuve la suerte de salir á poco tiempo de unas manos plebeyas y caer en las de un gentil-hombre corso, que á la sazón comenzaba á figurar grandemente en la república francesa. En ninguna, como en tal ocasion, he representado un papel mas interesante; nunca, como entonces, he ejercido mayor influencia en el destino del universo.

Corrian los años de 1804: mi habitacion entonces era la gabeta de una mesa en el castillo de las Tullerías, en la cual dormia tranquilamente acompañada de innumerables hermanas mias, cuando de repente se abrió aquella tumba á la luz y á la respiracion; una mano blanca y delicada, una mano propia de dictador, se deslizó cautelosamente por encima de mí, y asiendome con una especie de vivacidad brutal me arrojó estremeciendose de despecho sobre un estenso mapa de Europa, que entre otros habia sobre la mesa: era la mano de Mr. Bonaparte, mi dueño; y le doy este titulo por escelencia, porque los demás poseedores que sucesivamente me han tenido, no han sido otra cosa que mis esclavos. Mr. Bonaparte era en aquella época un hombre alto, vestido de militar, de figura estravagante y de frente espaciosa y atravesada de flojas y profundas arrugas.

Mas tarde lo llegué á conocer grueso y rejuvenecido, por lo cual supuse que le debia ser la vida muy encantadora; pero en la época á que me refiero no era así, porque mas que otra cosa parecia un hombre sin deseos, sin placeres y hasta sin sueño. Su fisonomia colérica era propiamente de conspirador, y si he de decir la verdad, aunque he visto muchos de esta especie, no he hallado uno siquiera de semblante tan fiero.

El primer cónsul (asi era como entonces se titulaba) me tomó de la mesa al principio con cierto aire de distraccion, despues me fué repasando por todos lados, miró la pica coronada por el birrete rojo que tenia en mi reverso, y contemplando por último la libertad de pie sobre mi cara, se sonrió con una cierta expresion de mofa, y me arrojó otra vez sobre la mesa.

(Se continuará.)



CHARADA.

Mi primera y mi segunda
en Madrid la encontrarás;
la segunda por sí sola
es planta medicinal;
mi primera y mi tercera
es animal muy ligero
que en el Pardo divertia
al Rey Don Carlos III.
El todo de la Charada
es una ave, cuya carne,
es muy gustosa en la mesa
ya esté cocida, ó ya asada.

ANTONIO MARIA LOPEZ Y RAMAJO.

Córdoba: Establecimiento tipográfico de Garcia y Mante, calle de la Librería núm. 2.